

PROYECTO HISTORICO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

por JAIME ANTUNEZ ALDUNATE* **

Fatalmente un ciclo que se aboque al análisis de la influencia y relaciones recíprocas entre *ideología* y *totalitarismo* habrá de arribar, como en este caso, al estudio de la proyección que han tenido las tendencias totalitarias en el ámbito cristiano. No son pocos los ejemplos que, en este sentido, nos ofrece la historia política del mundo occidental en lo que va de este siglo. Su presencia, como luego veremos, ha sido también evidente en nuestra propia historia política chilena contemporánea.

No es esto, en el fondo, de extrañar. Es innegable que universalmente la cultura occidental se ve afectada por un proceso de secularización creciente —cuya antigüedad supera lejos los 200 años—, fenómeno que, entre otras múltiples consecuencias, trae consigo una visible transformación de valores con incidencia directa en la apreciación y administración del hecho político.

POLITICA Y SECULARIZACION

¿En qué consiste este proceso de secularización? Para el análisis que al presente nos ocupa, podemos resumirlo de la

*JAIME ANTUNEZ ALDUNATE: Licenciado en Filosofía por la Universidad Cmplutense de Madrid; profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

**Conferencia dictada el 11 de enero de 1988 en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, con motivo del curso ‘Ideologías y Totalitarismo’.

siguiente forma: Una cada vez mayor relativización de lo absoluto, coincidente con una siempre más dominante absolutización de lo relativo. Cuando esto, lo relativo y contingente, asume en las mentes y los corazones de los hombres el rol que sólo cabe a lo absoluto, incluso y sobre todo en las filas cristianas, tenemos dadas las condiciones para el engendro totalitario. Ello, digo, es particularmente así en el ámbito de los cristianos, por la insuperable fuerza universal de su visión —que mira a todo el hombre y a todos los hombres— y por su inigualable impulso escatológico, que cuando, por su parte, se ve vaciado de contenidos espirituales, se vuelca a la construcción de un reino terreno, ensoñación paradisiaca y pseudoteológica, que acabará encerrando al hombre en un sistema en el cual no restará vestigio de libertad.

Sobre las consecuencias de esta pseudoteologización de la política, es particularmente elocuente el Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, colaborador estrecho de Juan Pablo II, figura intelectual universalmente reconocida:

“Hoy día ciertamente nadie pretende exaltar esa fe ciega en el progreso que surgió durante el período de la Ilustración. Sin embargo, una especie de mesianismo profano se ha ido introduciendo en la conciencia común. La frase de Ernesto Cardenal —“Creo en la historia”— expresa ese credo. Ha vuelto a aparecer la mística del reino, como surgió entre las dos guerras y que fue a parar en algo tan macabro. De nuevo gusta decir, en vez de “Reino de Dios”, simplemente “reino”, como algo por lo cual trabajamos, que vamos construyendo y que se logrará a corto plazo por nuestro propio esfuerzo. El “reino” o la “nueva sociedad” ha llegado a ser un moralismo que ha suplantado las argumentaciones políticas y económicas (...) Me parece que en esta inversión, implícita en el mito de un mundo mejor, está la esencia misma del materialismo, el cual no consiste simplemente en la negación de un área de la realidad, sino que, en el fondo, es un programa antropológico (...) En el concepto de la sociedad

liberada, lo bueno no radicaría ya en el empeño ético que pongan los miembros de esa sociedad, sino estaría dado de antemano, simple e irrefutablemente por las estructuras. Por esta misma razón, la “sociedad liberada” debería ser independiente de lo ético. Su libertad y su justicia deberían partir de las estructuras. Aún más, lo ético habría que desplazarlo de la persona a las estructuras (...) Ahora bien, cuando se averiguan los antecedentes y las consecuencias de este descargo aparentemente tan fantástico, que el hombre hace de su fragilidad, se descubre que esta “liberación” se logra a costas de una liquidación de lo ético; es decir, de la responsabilidad, de la libertad y de la conciencia. Por esto, este tipo de “reino” no viene a ser más que un sortilegio con que el Anticristo nos pretende engañar”, señala el Cardenal Ratzinger. Y más adelante, abordando el problema de las esperanzas ficticias que alienta el marxismo en nuestra época y el trastorno a que conduce por análogas razones, la teologización de la política, expresa: “La pérdida de una visión de trascendencia produce el escape hacia la utopía. Por eso estoy convencido de que la anulación de la trascendencia es, en realidad, aquella amputación en el hombre de la cual se derivan todas las demás enfermedades. Una vez que éste se ha despojado de su verdadera grandeza, no le queda otro camino que refugiarse en esperanzas ficticias (...) El cristianismo, contrariamente a sus deformaciones, precisamente no ha centrado el mesianismo en lo político. En otras palabras, el Nuevo Testamento sabe de una ética política, pero no de una teología política. Precisamente en esta diferenciación está el límite que Jesús mismo y luego, muy enfáticamente, las cartas de los Apóstoles trazaron entre cristianismo y fanatismo. Tanto en la narración de las tentaciones de Jesús como en la historia del tributo al César, en las advertencias políticas de las cartas de San Pablo y San Pedro, como aun en el Apocalipsis, que está situado en un contexto muy diverso, en todos esos pasajes se rechaza todo entusiasmo por elevar el Reino de Dios a la categoría de programa político. Sigue vigente que la política no es el campo de la teología, sino de la ética, la cual,

por supuesto, debe tener su fundamentación teológica”. Y concluye: “La única fuerza con que el cristianismo podrá tener vigencia en lo civil es, en fin de cuentas, la fuerza de su verdad interior” (1).

Pido disculpas por lo extenso de la cita. Pienso que su largura está compensada por la claridad con que es expuesto el problema y el aval que da a esta apreciación la autoridad moral e intelectual de quien la profiere.

ORIGENES HISTORICOS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

La corriente democratacristiana que hoy nos ocupa ve su nacimiento en la Europa de fines del siglo pasado, en medio de los oleajes de un ambiente cultural y espiritual cargado por los efluvios de una nunca enteramente concluida revolución francesa. Una Europa en la que, sin duda, se observan resurgimientos y notas muy altas en la vida del intelecto y el espíritu, pero que, a su vez, se ve conmovida por graves crisis espirituales e intelectuales, de honda repercusión en lo social y político. Una Europa, en fin, en la que, según el clarividente juicio de ese gran pensador español que vivió intensamente ese período, Juan Donoso Cortés, domina “el intento vano, por parte de las sociedades civiles, de formar para uso propio un nuevo código de verdades políticas y de principios sociales; el intento vano de arreglar sus cosas por medio de construcciones puramente humanas, haciendo abstracción de las concepciones divinas”.

Allí, en esa Europa, nace como movimiento social primero, y como partido político después, la Democracia Cristiana. Acerca de la forma cómo repercuten al interior de esta, aún entonces, incipiente corriente, las más encontradas tendencias que se viven

(1) Conferencia dictada por el Cardenal Joseph Ratzinger en la apertura del Congreso Internacional de la Fundación Hans-Martin Schleyer y del Consejo Pontificio para la Cultura de Múnich, en abril de 1984.

al interior del propio catolicismo decimonónico y que no son otra cosa que un reflejo de esta lucha entre la relativización y la absolutización, que pugnan, como dije antes, por invertir su objeto, me remito al excelente trabajo del profesor Hans Maier recién publicado en el N° 14 de la revista POLITICA, del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Quedan allí reflejados, con toda claridad, con la precisión de un gran historiador, cientista político y hombre de cultura que pertenece a las filas de la Democracia Cristiana alemana, los intentos de la propia Santa Sede por frenar el mesianismo teológico político que ya se veía venir, primero a través de la Encíclica *Immortale Dei* (1885) de León XIII, donde se estableció la neutralidad fundamental de la Iglesia frente a las distintas formas de Estado, y luego a través de la Encíclica *Graves de Communi*, donde este mismo Papa aclara que la acción social debería ser y continuaría siendo el verdadero campo de actividad para los democratacristianos, la define como *benefica in populum actio christiana*, y declara expresamente que una interpretación y aplicación política del concepto falsearía su significado.

Al hablar de que “continuaría siendo”, estaba lejos, sin duda, León XIII de adivinar lo que vendría después de su pontificado. En la propia Francia, el movimiento *Le Sillon*, encabezado por Marc Sangnier —y en forma contemporánea y afín a la crisis con que la herejía modernista convulsionaba al catolicismo, principalmente, francés— surgía encarnando una de las formulaciones demócratacristianas más radicalmente cargadas de secularismo mesiánico que haya conocido la historia. El lastre de su influencia no logró del todo ser apagado por la voz contundente del Papa San Pío X, quien condenó al movimiento de Marc Sangnier en la Encíclica *Notre Charge Apostolique*. El peso del secularismo se hacía cada vez más fuerte, y la diosificación de lo político, que comprometía ampliamente incluso las filas de los intelectuales católicos de inicios de siglo, fortalecía ya el presagio de los grandes totalitarismos que surgirían en esta centuria,

incomparablemente más fuertes y destructivos que todos sus antecesores.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN CHILE

Al igual que la francesa, y por razones en las que no es del caso extenderse excesivamente aquí, también la Democracia Cristiana en Chile tuvo, desde sus orígenes —en los tiempos de la ANEC, del Padre Vives, y luego con el nacimiento de la Falange en el seno de la Juventud Conservadora— una tendencia oscilante entre la libertad y la igualdad, entre el liberalismo en la praxis y el absolutismo en la teoría, entre la adaptación dúctil a lo que es posible y la tentación de regular dogmáticamente las reglas del juego político mediante una teología política (2).

¿Cuál fue, a la postre, la tendencia prevaleciente?

No es del caso repetir aquí los pasos de un trayecto ampliamente conocido. Digamos apenas que, al impulso de un catolicismo “progresista” sin freno y ávido de las más ancestrales utopías que proliferó en Europa y las dos Américas en los primeros años del Concilio Vaticano II, la Democracia Cristiana chilena se inclinó casi sin reservas por la segunda de estas tendencias, es decir, no por la perspectiva empírica, sino por la teológica de la política.

Más aún, en la medida que por factores culturales y políticos internos la derecha en Chile cedió su espacio a la Democracia Cristiana y ésta pudo actuar sin contrapesos, dicha tendencia se acentuó hasta lo inesperado. A quienquiera recordarlo, bástele con recorrer las páginas de los dos números especiales de la revista *Mensaje* —diciembre 1962 y octubre 1963— en que se esbozaba y defendía el plan de una “revolución” que iría a ser puesta en práctica desde el Gobierno del propio Partido Demó-

(2) “León XIII y el Ralliement”, Hans Maier, POLITICA N° 14. Diciembre 1987.

cratacristiano chileno a partir de 1964. Largas y convencidas disquisiciones sobre lo que habría de venir nos entregan allí algunas firmas de todos conocidas, como Sergio Molina, Edgardo Boeninger, Jacques Chonchol —quien fue en esa publicación justamente el que postuló su reforma agraria como un “proceso masivo, rápido y drástico”, para el cual había de tomarse en cuenta que “mientras más se pague por las tierras, menos posibilidades de éxito tendrá la reforma”— y otras como la del cepalista Raúl Prebisch, Máximo Pacheco, los antiguos falangistas Francisco Antonio Pinto y Javier Lagarrigue, los jesuitas José Aldunate, Juan Luis Segundo, Pierre Bigo, Manuel Zañartu, el comentarista internacional Alejandro Magnet y el ingeniero Raúl Sáez. El tono ideológico del proyecto, inconfundiblemente comprometido con esa visión teológica de la política a que se ha hecho referencia, lo daban ya de entrada las palabras impresas en el editorial del primero de estos dos números de *Mensaje*, y probablemente también de algunos de ustedes conocidas:

“No basta cambiar, sino que es necesario “querer” el cambio y, por lo mismo, “saber” hacia dónde se va. Toda auténtica revolución es necesariamente “ideología”, programación de un futuro y voluntad de realización.

“Revolución es, por consiguiente, “reforma”. Pero no tal o cual reforma, sino reforma *integral* y *radical*. Tiene, por lo mismo, carácter de *urgencia*. Sólo metafóricamente podemos hablar de revolución agraria, de revolución científica, de revolución industrial. La auténtica revolución engloba todos los campos. Es clara evidencia de la inadecuación, de la inoperancia y de la injusticia de las estructuras vigentes; es, por lo mismo, inquebrantable decisión de *romper* radicalmente con el “orden” actual, de acabar con el pasado y, partiendo de “cero”, de construir un orden totalmente nuevo, y que responda a todos los anhelos del hombre” (3).

(3) *Mensaje*. Diciembre 1962. Comillas y destaques son del original.

Aun cuando los representantes oficiales de esa corriente hablen hoy de que vivimos una decadencia de la cual sólo nos recuperaremos “recuperando la unidad nacional, los acuerdos básicos, la convivencia civilizada y tolerante” (4), es evidente que esas lindas formulaciones no estaban ni en el espíritu ni en el papel de quienes escribían en los mencionados números programáticos publicados por revista *Mensaje*. El natural resultado de su gestión lo prueba, por lo demás, de sobra: un gobierno, como el de la DC, que dispuso el terreno, a través de la aplicación de esa “revolución partiendo de *cero*”, para el advenimiento de un régimen marxista y que engendró una candidatura presidencial, como la de Radomiro Tomic, que fue considerada por la propia UP como más radicalmente revolucionaria que la suya (5).

Más aún, esa andadura “teológica” de la DC chilena hizo de ésta una suerte de “plan piloto” para el llamado “compromiso histórico” o alianza política entre cristianos y marxistas postulada por algunos sectores de la izquierda europea, principalmente la italiana. Esos resultados de la gestión presidencial demócratacristiana —el arribo al marxismo y la candidatura Tomic— no son sino un elemento de este fenómeno desintegrador. La transferencia sin reservas de varios dirigentes políticos de la DC a la UP y los esfuerzos de sectores como “Cristianos para el socialismo”, y del propio Allende por crear al interior de aquel gobierno una alianza cristiano-marxista —hecho éste confirmado

(4) Eugenio Ortega. *El Mercurio*. 2.1.88.

(5) En abono de esta afirmación que, con posterioridad a la dictación de la presente conferencia, provocó más de algún comentario, especialmente por parte del ex candidato DC aludido de paso, conviene citar el diálogo entre Regis Debray y Salvador Allende, publicado en la revista comunista *Punto Final*, del 16 de marzo de 1971. Dice así el compañero de guerrilla del ‘Che’ Guevara: “Quizá también entra en juego una convulsión social generalizada en Latinoamérica, una toma de conciencia antimperialista, una toma de conciencia del agotamiento del sistema capitalista en los países dependientes que se hace sensible en muchos sectores de la misma burguesía. Creo que Tomic es un producto, digamos, de esta radicalización de la pequeña burguesía”. Responde Allende a Debray: “Exacto, nadie puede discutir eso. En muchos aspectos el programa de Tomic tenía puntos amplísimos de contacto con nosotros y, para alguna gente, tenía algunos puntos más avanzados que nosotros”.

hace pocos días desde Mendoza por la propia viuda de Allende—, son otros tantos.

Hoy, el silencio programático que padece la Democracia Cristiana chilena nada nos dice en el sentido de que haya tomado la resolución de abandonar el sendero totalitario —de estar más por el liberalismo en la praxis que por el absolutismo en la teoría— y de trabajar, efectivamente, como dicen algunos de sus dirigentes, por recuperar “la unidad nacional, los acuerdos básicos, la convivencia civilizada y tolerante”.

Desde luego, y a la luz de la historia aquí descrita, una prueba fidedigna la daría, si fuese capaz de tomar una resolución concluyente frente al totalitarismo marxista.

La ambigüedad de todas y cada una de sus formulaciones a este respecto, es, no obstante, seña evidente del secreto embrujo que ese “reino” mesiánico, con todas sus categorías científicas tan superadas, sigue ejerciendo en sus filas.

Lamentable herencia de un pasado de muchas décadas que no ha sido rectificado, y que permite prever, con fundadas razones, que de volver a ejercer la DC chilena una influencia decisiva en la vida del país, ésta retornaría indefectiblemente por ese camino al cual con añoranza se acaba de referir doña Hortensia Bussi de Allende.